



Necesito pensar!!!



¿Pensar? Sí, pensar. Hacer el ejercicio del ensayo y error sin estar condicionados por un resultado en un tiempo dado. Y no estoy hablando de meditar lo cuál sería mucho más ambicioso, sino sencillamente, humildemente, increíblemente necesitamos un tiempo y espacio para pensar. Entendiendo por espacio la esfera de conocimiento para el cual nos hemos preparado y por tanto desde dónde nos sentimos seguros de hacer el mejor aporte.

Resulta curioso por qué algo que supuestamente todos hacemos cotidianamente, puede ser tema de reflexión. Pero ahí está el problema..., hemos perdido el derecho a pensar y paradójicamente negamos este derecho a otros, según desde el rol que nos toque actuar.

Es tal la dinámica de nuestras actividades y la aceleración con que debemos realizarlas que hemos aprendido y ejercitamos casi sin darnos cuenta la modalidad de piloto automático, pero a diferencia de la aviación real, nadie pilota por nosotros, somos nosotros el piloto automático. Realizamos un sinnúmero de tareas que puestas en un cronograma lo harían caer en la obsolescencia al instante pues nada de lo planificado se puede cumplir en el tiempo estimado porque no es real y tampoco hay margen para los imprevistos que siempre surgen y sí son reales.

Los sistemas que integramos, sea el familiar, laboral o social, entran dentro la definición de “positivo” dada a la sociedad actual por el filósofo Byung-Chul Han en su libro “La sociedad del cansancio”, la cual habla de la imposibilidad de decir que no a lo que no puedo abordar en forma racional ya sea exigido por algún agente del entorno compartido o lo que es más común y dramático auto-exigido.

Estamos inmersos en una aceleración que se retroalimenta de tal forma que no hay lugar para el espacio y tiempo necesario para pensar. Pensar es poder reflexionar sobre un tema o idea practicando el ejercicio mental del ensayo y error, la evaluación de alternativas, la toma de decisiones fundamentadas, sin la presión y apremio de cumplir con un tiempo prefijado. Esta falta de tiempo se potencia por la auto exigencia de tener siempre la respuesta correcta frente al requerimiento del otro.

Deberíamos reivindicar el derecho a decir: “esto no lo puedo hacer en el tiempo asignado”, cuando compartiendo todos, la certeza de que no es viable cumplir con lo pedido, se mantiene la exigencia como mecanismo de presión.

Deberíamos ejercitar el deber de la escucha consciente cuando nos explican que no se sabe en este momento cómo hacer lo que estamos solicitando y aceptar que hay un tiempo necesario para el aprendizaje y la ejercitación y no hacer gala de la jerarquía para exponer al otro al error o fracaso.

Deberíamos todos aprender a respetar y reconocer el conocimiento del otro, entender que no todos sabemos ni debemos ser expertos en lo mismo, y que dominar un tema lleva tiempo y dedicación.

Deberíamos entender que el trabajo en equipo es auténtico cuando ejercitamos la cooperación de cada uno desde el mejor lugar que pueda aplicar su experiencia y sapiencia. Trabajando juntos sí, pero no revueltos.

En este mundo en el cual queda demostrado lo dicho por los primeros filósofos: “lo único permanente es el cambio”, debemos estar preparados desde el ejercicio de la gimnasia de cuidar y cuidarnos, de darnos tiempos para pensar, para el intercambio colaborativo, para el crecimiento de equipo, para la reflexión grupal y para la celebración de lo logrado cuando así lo amerita lo actuado. Este es el camino hacia el desarrollo de la sinergia propia de un grupo consolidado.

Nunca será tiempo perdido, por el contrario es ganado e imprescindible para estar preparado para los nuevos desafíos que de otra manera nos sumirán en la frustración y el fracaso.

Somos cada uno y todos, desde la posición en la que nos toque actuar, en el escenario que nos compete desarrollar nuestra actividad, responsables de exigir y dar tiempo para pensar y de bregar porque así sea.